

72
y alemana, nos hace esperar de él que ha de tra-
bajar con feliz éxito á nuestra literatura, bien ne-
cesitada hoy de savia vigorosa, elementos nuevos
y dignos de vivir y florecer bajo todos los climas.

M. MARIÑER Y BELAYO.

Claudio B. Ochoa

SALAMANCA.

NOTICIA

ACERCA DE

ENRIQUE HEINE.

I.

Después de Goethe, que resume todos los tra-
bajos de la literatura de su patria, y de Hegel, que
compendia todos los esfuerzos y las inquisiciones
de los metafísicos durante más de medio siglo, es-
peraba á la historia del pensamiento en Alemania
una transición brusca, una crisis suprema, un mo-
mento de terrible vacilación y de intranquilidad
profunda.

La serenidad del genio de Goethe y la tranqui-
lidad de Hegel encubrían cuando menos los pen-
samientos de lucha del genio nacional. Pero muer-
tos los maestros, corriéronse los velos, huyeron las
ilusiones, y fué preciso comprender, aunque tarde,
que de aquella generación, nutrida por ellos, por
ellos educada, brotaba una Alemania nueva, hen-
chida de aspiraciones no definidas, y llena la mente
de quimeras y de inciertos ideales.

Una sola cosa aparecía clara entre el vago des-

pertar de sus aspiraciones; un deseo aparecía formulado: dejar el campo de la abstracción y penetrar con pie firme en el estadio fecundo siempre de la realidad.

Un escritor existe que resume fielmente la agitación de aquella época: Enrique Heine.

Nació el gran poeta en Düsseldorf, á orillas del Rhin, de una familia considerada con justicia en su patria, y en la cual contaba por parte de madre médicos ilustres, y negociantes acaudalados por parte de su padre.

Enrique, el mayor de cuatro hermanos, una hembra y dos varones, médico en Rusia el uno y oficial el otro al servicio de la Austria, perdió bien pronto al autor de su sér, y quedó sujeto á la autoridad de un tío paterno, el banquero Salomón Heine, notable por su generosidad y por lo inmenso de su fortuna, que desheredó más tarde al poeta por sus aficiones poco serias y por su falta de sentido práctico.

Esto hacía exclamar al autor del *Reisebilder*: «Tengo derecho á ser inmortal; he comprado por diez y seis millones mi asiento en el Parnaso.»

Los biógrafos todos colocan en enero de 1800 la fecha del nacimiento de Heine; es indudable, sin embargo, si nos atenemos al mismo dicho del vate en una carta á Saint-René Taillandier, que nació en 12 de diciembre de 1799, y que la inexactitud cometida por cuantos sostienen el anterior aserto fué ocasionada voluntariamente para salvar al poeta del servicio del rey de Prusia en la época de la invasión prusiana.

«Lo importante, añade poco después Heine, es que yo nací, y que nací á orillas del Rhin.»

Su primera educación fué terminada en el convento de franciscanos de Düsseldorf. Contradicción rarísima que puede en parte explicar la múltiple volubilidad de su carácter. El descendiente de judíos recibe del monasterio cristiano la primera enseñanza de las cosas, y siente entre los claustros del convento la languidez inefable de sus primeros tedios de adolescente.

Frecuentó después el Liceo de la Villa; en 1819 principió en la Universidad de Bonn el estudio de la jurisprudencia; continuólo en la de Gottinga, hasta que, tres años más tarde, entregóse por completo en Berlín, y bajo la dirección de Hegel, al estudio de las ciencias filosóficas.

Entonces fué cuando le unió amistad estrecha con todo lo que en Berlín existía de más notable en las ciencias y en las artes. Eduardo Gans, Varnhagen d'Ense y su esposa Rahel, Franz Bopp, Chamisso y el mismo Grabbe, formaron parte de las relaciones del tornadizo estudiante.

Era Heine por entonces un escolar asiduo, que estudiaba con ardor y aprendía pronto, y que, al revés que Luis Boerne, mezclado también como él en aquella aristocracia del pensamiento, tomaba por contradicción extraña, con seriedad profunda, los arduos problemas de la idea, y se engolfaba con ardor en aquellas pavorosas cuestiones de la metafísica hegeliana.

En medio de aquellos trabajos, el arte le llamaba con su voz de sirena, y le atraía hasta su lado con

magia ineludible. En 1821 publicaba sus primeros versos (*Junge Leiden*), prólogo, por decirlo así, de el *Libro de los cantos*. En 1823 daba al público sus dos dramas silbados, *Almanzor y Ratclif*, y entre ellos su inmortal *Intermezzo*. Más tarde, por último, publicó en 1825 el primer tomo de su *Reisebilder* (Cuadros de viaje), en el cual se revela por completo jefe de una escuela nueva.

Relación de sus viajes por la Alemania, el Tyrol, la Francia, la Italia y la Inglaterra, bastaría sólo esta obra para dar la celebridad deseada al más descontentadizo de los escritores. Su éxito fué inmenso; la sorpresa de Alemania profunda: ¿cómo juzgar la audacia de aquel escritor, que si la hería con las flechas de su pensamiento atrevido, la enaltecía con los resplandores de su genio?

Un nuevo poema (*Heimkehr*) *El Regreso*, fué publicado pocos meses después de sus viajes, y poco tiempo pasado, en 1827, apareció el *Libro de los cantos* (*Buch der Lieder*), que tuvo resonancia igual y despertó controversias idénticas á las suscitadas por sus obras anteriores. *El Mar del Norte* (*Nord See*) forma parte de la segunda parte de este libro.

Atraído en 1830 á Francia por la revolución, sus correspondencias á la *Gaceta de Augsburgo* y á los *Anales Políticos*, su libro sobre la Francia, su *Lutecia*, fueron, lo mismo que la *Alemania* y que las *Memorias de M. de Schnabelewopski*, fruto de aquella campaña política en que, acusado unas veces de espía de Luis Felipe y de la Alemania, de Sansimoniano otras, pospuesto sin justicia á

Luis Boerne, en el cual al menos reconocía su patria alemana grandeza de corazón, se defendía de tanto y tanto ultraje con las flechas certeras de su inagotable ironía.

Atta-Troll (fantasía de una noche de estío), extraño poema en que el protagonista es un oso, vió la luz pública en 1840 en los folletines del *Diario del Mundo Elegante*. En 1842 publicó sus *Nuevas Poesías*; y enfermo ya de muerte, clavado, como dice un escritor ilustre, á la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento, publicó su *Romancero*, sus *Melodías hebraicas* y su *Libro de Lázaro*.

En 1856, por último, murió aquel gran genio, que durante veinticinco años representó en Alemania el espíritu de la Francia, y en Francia el espíritu de Alemania, y que dotó á nuestro siglo, además de las ya citadas, de tantas otras obras, que no citamos por no alargar demasiado esta reseña.

II.

Indicados, aunque á la ligera, los principales hechos de la vida del poeta, no podemos sustraernos al deseo de considerar, aunque también con brevedad, los principales caracteres que sobresalen en sus obras.

El humorismo es la nota esencial de las obras de Heine: nada existe para él sagrado, ni fe, ni

amor, ni patria; todo, bajo su pluma, se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escalpelo del disector; los dioses caen ante los golpes certeros de sus flechas; la patria, convulsa y colérica, sale de sus manos flagelada; el amor, eterno encanto de su vida y castigo eterno de su existencia, aunque siempre profesado, no es siempre respetado por su pluma, más temible en sus manos que la espada en manos del *Berserke* de los cantos suecos.

Todo sin orden, sin prejuicios, sin sistema. Hiere lo que á su paso encuentra, sin cuidarse de averiguar lo que después en su lugar ha de elevarse. Múltiple en sus sentimientos, universal en sus creencias, indeciso y tenaz á un tiempo mismo en sus convicciones, jamás Proteo revistió tal número de formas, ni dios indio infiltró su esencia en mayor número de transformaciones.

Sus burlas, acerbas siempre, siempre mortales, tienen en el fondo algo de melancolía simpática, algo de incomparable dulzura y de inefable ternura.

Si él lo aborrece todo, si de todo se mofa, si contra todo se revuelve, ¡qué tesoro, en cambio, de cariño para todo lo noble y lo justo! ¡qué inagotable amor á todo lo grande! ¡qué inacabable admiración hacia todo lo bello!

Sus dientes muerden, pero sus labios cubren de besos las mordeduras, y pronto coloca piadoso sobre la abierta llaga el dítamo dulce que llegará á sanarla.

Contra todo se torna airado y todo lo adora

al par. Unas veces fustiga al Dios cristiano, ya riendo de la virgen católica que liba confiada el amor en los labios rojos del sobrino de un rabino, ó llorando en estrofas por los muertos dioses de la vieja Grecia, y después canta al Cristo redentor con inspiración ardiente en las estrofas del *Mar del Norte*.

Él, que en su *Heimkehr* nos habla de «la ironía que Dios ha colocado en su universo, y con que el gran poeta del Quijote ha llenado el suyo,» suspiraba indignado, cuando adolescente, al ver el premio inmerecido que hallaban en la tierra el valor indomable y la romántica generosidad del héroe de Cervantes. El, que se mofa del Cristo, cuenta la impresión dulcísima que en su mente producía un Cristo crucificado que miraba, siendo niño, en el convento de Dusseldorf.

Su espíritu, abierto á todas las impresiones, transformábalas todas en sentimiento artístico, dándoles, al realizar la obra poética, la nota esencial de su originalidad inagotable.

De todos sus antecesores en la literatura alemana, lególe Wieland la sensualidad amable; su sentimiento ardiente, Schíller, y Gøethe su panteísmo espiritualista. Tan sólo Klopstok fué ajeno á la formación del poeta, porque su espíritu repugnaba todo lo enojoso.

Se ha tildado á Heine de la dureza con que tantas veces trata á la Alemania, á *la vieja de allá abajo*, como él, con su humorismo acerado, la llamaba; y esta tendencia antigermánica resulta más marcada comparando otro libro que, tam-

bién sobre la Alemania, escribía una francesa en los comienzos de la actual centuria.

Nos referimos á *La Alemania* de Mad. Stael.

No es de extrañar la diferencia. Mad. Stael, como dice Caro, publicaba su libro después de un paseo en que tan sólo pudo ver aquello que á los alemanes les convenía que mirase. Su viaje fué acogido por todos con recelo. Goethe, en su correspondencia, da á entender hasta qué punto le preocupaba la entrevista con la extranjera; Schiller, hombre de corazón ardiente, temía su llegada, y hasta el mismo Schlegel, el jefe de estado mayor, por decirlo así, de aquella mujer admirable, anunciaba á sus colegas su venida como para apercibirlos á la defensa.

Poco en estas circunstancias pudo ver de la esencia de las cosas y de lo íntimo de aquella sociedad la dama francesa. Su viaje fué, como dice el escritor antes citado, semejante al de Catalina de Rusia, hallando siempre en las estepas de la Crimea la fantasmagoría riente de una prosperidad artificial. Aquel viaje de *sultana del pensamiento* era sólo á propósito para contemplar, y no siempre, la superficie de las cosas.

Además, Mad. Stael, desterrada de su patria, en su santo horror á los enciclopedistas, á los revolucionarios y á los soldados, buscaba un pueblo que oponer como modelo á aquella Francia, agitada todavía por las convulsiones de una revolución profunda. Su libro es, en este concepto, como Heine entiende, una obra semejante á la de Tácito.

Heine, por el contrario, era alemán; alemán que sentía como nadie las faltas de su país, y aborrecía desde el extranjero el oropel de sus falsas glorias; que veía sólo en las pretensiones militares de la Prusia la armadura colocada sobre el manto de Tartuffo, y que necesitaba defender, por último, su sér individual, calumniado unas veces y mal comprendido otras.

A pesar de todo, discípulo de Hegel, no dejaba de alentar, mal de su grado, la *gran idea*. Tenía como toda la Alemania de entonces, la noción inconsciente de un gran fin, no definido aún, y si como un *enfant terrible* decía alto los secretos de la casa, poco después se entusiasmaba y creía con toda su alma en el triunfo próximo de su raza. «Guardaos,—dice entonces,—mis queridos vecinos de la Francia; cuando ese día llegue, vuestras horas están contadas.»

El amor, por último, es en Heine también rara mezcla, confusión extraña de sentimientos encontrados.

Sus mujeres son, como las de Goethe, seres vivientes que se pasean por sus poemas; mujeres animadas por nervios y por arterias, y no movidas por el resorte convencional de un cariño anodino, incomprensible casi siempre.

Aquella mujer del *Intermezzo*, desengaño primero de su vida, y fuente de su inspiración primera, la hemos conocido todos. En los versos de aquel poema, collar de perlas, cuyo hilo retiró el autor después de formado, sin que la sarta se desgranara, como un crítico ilustre lo llama, hay algo de la

historia de todos, y uno siente arder el rubor en las mejillas al leer en la soledad sus estrofas. El poeta ha sorprendido sus secretos, y sus sufrimientos, esculpidos con mano segura, vibran allí prisioneros en el rítmico molde de versos inmortales.

La amargura más inocente, la queja más sentida anima todo el libro; mas después, cuando el llanto se ha secado, cuando el espíritu herido se revuelve contra quien le hirió con saña tanta, la burla ocupa el lugar de los suspiros y el *humour* más amargo, el veneno más acre sirve, en vez de lágrimas, de jugo á sus canciones.

En toda mujer hay algo de demonio.

«¡Dichoso mortal—dice hablando de Lusignan—amante de Melusina, cuya adorada sólo fué serpiente á medias!»

Su sátira, fría siempre, cautiva por su sencillez en todas las ocasiones.

Dice en el *Regreso*:

«¿Cómo puedes dormir tranquila sabiendo que yo vivo aún? Mi vieja cólera reaparece, y romperé mi yugo.

»¿Conoces la vieja canción? ¿la canción de un hombre muerto, que vino á media noche á buscar á su adorada y la arrastró al fondo de la tumba?

»Créeme, hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, yo vivo y yo soy aún más fuerte que todos los muertos juntos.»

Su bufonería toma á veces un carácter melancólico que la hace aún más simpática; el gladiador, cansado de luchar, se queja, y sus quejas penetran hasta el alma.

La figura de Heine, compleja, universal y múltiple, se refleja en sus obras; su mente, apasionada de las luchas de su siglo, de los combates de su época, se refugia buscando calma en los viejos recuerdos de la patria; sus cantos tienen entonces la dulzura infantil de Novalis, la enérgica cadencia de las baladas de Brentano, y el mágico atractivo de Tielk.

Es, como dice Gautier, el Apolo, á quien, si de un lado presta su luz el sol del Mediodía, destaca por el otro su figura entre el resplandor argentado de la luna de las noches alemanas.

Entonces, en su *Romancero* y en sus *Nocturnos*, sobre todo los fantasmas de los cuentos de su patria, Loreley, la rubia encantadora de la montaña, el rey Haroldo prisionero de la Ondina en el fondo de los mares, el paladín muerto en el campo de batalla, el caudillo moro, el español aventurero, el galán romántico, todos los héroes de la pasada edad reaparecen evocados por su pluma, y cobran nueva vida y aliento nuevo, animados por su inspiración poderosa.

Todo se agita en torno suyo; penetra en la selva oscura de la Alemania, y el hacha acerada de su genio esculpe, en las encinas añosas del sombrío bosque, en vez de la estatua de Irmenrul, la figura simpática de Apolo.

Entonces, contemplando su obra, las lágrimas mojan sus ojos; pero pronto, dice Nerval, su manga pintarrajada de bufón seca sus lágrimas, y los cascabeles de la locura ahogan con sus ruidosos ecos el rumor de sus sollozos.

«No creáis en mi llanto ni en mi risa,—dice Heine, — risa de hiena, lágrimas de cocodrilo.»

Pero, lo repetimos, á vueltas del amargo encono que campea siempre en la mayoría de sus producciones, es Heine apasionado y creyente, siempre original y atrevido, y aun en medio de sus amargas diatribas contra su patria, conserva siempre hacia ella un cariño respetuoso y austero.

Seguro de su éxito, no pide de sus contemporáneos monumentos; sólo pide sobre su sepulcro una espada, «que él ha luchado como buen soldado en el combate del progreso eterno,» son sus propias palabras: ese es el único título de gloria que exige y que reclama.

La misma Alemania atendía con expectativa ansiosa á las evoluciones del pensamiento de aquel su hijo pródigo desterrado en extranjera tierra.

Cuando la enfermedad le retenía prisionero sobre su lecho, ninguno de sus compatriotas volvía de Francia sin rendir con su visita un tributo de admiración al gran poeta. «Aristófanés se muere,» decía Mr. Adolfo Starr contando su última entrevista con el gran poeta; y la Alemania entera lloraba en silencio aquella muerte de uno de sus genios.

Llegado á Francia, joven, hermoso como una escultura de Fidias, armónico y feliz consorcio de la belleza helena y de la gracia hebraica, rebosando genio en sus escritos, gracia en sus conversaciones, dinero en las relaciones prosaicas de la vida, aquel Cristo, como él se llamaba, que sólo admi-

tía infieles ó creyentes, pero jamás iguales, que tantas Magdalenas redimiera por el amor, espiraba, abandonado en su agonía lenta, en una habitación de aquel Paris que tanto le había admirado, y donde sus triunfos habían encontrado un teatro siempre dispuesto á aplaudir la galanura de su inimitable estilo.

Entonces su última inspiración voló desde su mente al mundo.

Los recuerdos de su patria y de los pasados tiempos, su *Romancero*, en una palabra, fué la primera de sus tres últimas producciones.

Después, las *Melodías hebraicas*, en las cuales parece vibrar más verdadera que en ninguna de sus obras su espíritu de creyente, y en las cuales dice, hablando de Jehuda ben Halevy, el más querido para él de todos los poetas:

«Que mi lengua quede pegada ardiendo á mi paladar, y que mi mano derecha se seque, si yo alguna vez, Jerusalén, te olvido.

»Estas palabras de un salmo llegan hasta mi oído.

»Espectros de mis sueños, ¿cuál de vosotros es Jehuda ben Halevy de Toledo?

»Yo lo he reconocido en su frente pálida que tan fieramente conduce su pensamiento, en la dulce fijeza de sus ojos (que me miran con tan inquieta atención).

»Sobre todo lo he reconocido en el misterioso sonreír de sus dulces y bellos labios, armoniosa-

mente unidos como dos versos: los poetas solos los tienen parecidos.»

Este cantor bíblico que amaba aquella Jerusalén que sólo en sueños había visto, como el trovador Rudel á Melisandra, era simpático á los ojos de Heine, que más que nunca, y acaso por primera vez, sentía en aquellas horas de soledad eterna necesidad de creer en un Dios, en el Dios de sus mayores.

El *Libro de Lázaro*, su última producción, es un relato de sus días de fiebre y de sufrimientos, plagado de páginas bellísimas y de sentimientos delicados. A veces su burla y su sátira aparecen, pero su mofa tiene cierto carácter melancólico que entristece y abruma el ánimo.

«¿Vos venís á verme? ¡siempre original!» decía á Berlioz, lamentándose del abandono de sus amigos; y más tarde escribía á Teófilo Gautier:

«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Dos Mundos*, en que me han representado macilento y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya bastante en mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; yo quiero que me pintéis hermoso, como las mujeres bonitas. Vos me habéis conocido cuando era joven y floreciente; sustituid con mi antigua imagen esta efigie lamentable.»

Sus últimas producciones vibran burlescas, sin embargo, como si temiera haber dicho demasiado con sus *Melodías hebraicas*.

La nota esencial de su genio fué hasta la muerte su sangrienta burla por todo y contra todo.

La misma Alemania, que jamás llegó á perdonarle por completo sus mofas constantes y sus frases incisivas, parecía como que sentía orgullo viendo el valor indomable, la serenidad de espíritu con que Heine soportaba el martirio horrible de su agonía interminable.

JOSÉ J. HERRERO.